

CAPITULO XLII

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA (*continuación*).
REORGANIZACIÓN VENEZOLANA

AÑOS 1817-1819

Expedición de Morillo contra Margarita. — Resistencia de los margariteños. — Famosa acción del « Cerro de Matasiete. » — Valerosa defensa de « Juan Griego. » — Morillo desiste de la empresa de subyugar á Margarita. — Nueva política del pacificador. — Nuevo aspecto de la guerra. — Armas en balanza. — Los ejércitos beligerantes. — Bolívar apela á la opinión pública. — Bolívar y Pueyrredón, venezolanos y argentinos. — Principio de reforma política. — Bolívar abre la campaña. — Derrota de Saraza en la Hogaza. — Reunión del ejército de Angostura y del Apure. — Extraordinario pasaje del Apure por Páez. — Morillo sorprendido en Calabozo. — Célebre retirada de Morillo. — Acción del Sombrero. — Invasión de Bolívar á los valles de Aragua. — Contrastes que sufre. — Se retira á los llanos. — Batalla de la Puerta ó Semen. — Toma de San Fernando por Páez. — Bolívar al frente de un nuevo ejército. — Retirada de los realistas vencedores. — Acción de Ortiz. — Nuevo plan de Bolívar para invadir á Caracas por el occidente. — Derrota de Páez en Cojedes. — Aventura de Bolívar. — Sorpresa del Rincón de los Toros. — Derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos. — Derrota de Morales por Páez en el Guayabal. — Descrédito de Bolívar. — Crítica militar de la campaña. — Bolívar convoca un congreso constituyente. — Su plan constitucional. — Es nombrado presidente de la república. — Se pone en campaña.

I

Dejamos á Morillo en marcha al frente de 3,000 hombres con el objetivo de subyugar la isla de Margarita. (Véase cap. XLI, § IX). El gobierno español daba la mayor importancia á la posesión de esta isla, y como se ha visto, fué la primera operación que en sus instrucciones encargó al general

EXPEDICIÓN CONTRA MARGARITA. — CAPÍTULO XLII. 473

expedicionario. La sumisión de Arismendi le había dado su dominio pacífico, pero la tercera insurrección de los isleños, á que se siguió la expedición de los Cayos y la invasión de la Guayana, le hicieron volver á su punto de partida, por considerar, según él mismo lo decía, que « en Margarita estaba la raíz del mal. » El gobierno español por su parte, perseverante siempre en su idea, despachó por este tiempo desde la península una expedición de 2,800 hombres al mando del general José Canterac, — el mismo á quien hemos visto figurar en el Perú, — destinada á diferentes puntos de América, con el encargo de apoderarse de paso de la isla rebelde. Canterac se encontró con Morillo en el puerto de Barcelona á tiempo que Bolívar tomaba el Orinoco por base de operaciones. En vez de aprovechar este oportuno auxilio para dar el impulso continental que debía decidir la cuestión, persistió en su resolución, aconsejado por despecho más que por cálculo. Empero, antes de lanzarse á su empresa, se posesionó de la península de Paria, expulsando de ella el ejército de Mariño que hasta entonces la dominaba, en cuya ocasión barrió con sus armas el congresillo de Cariaco, según antes se explicó, con lo que prestó un doble servicio á la causa de la independencia, suprimiendo los obstáculos para la unidad del mando en la persona del Libertador Bolívar.

La estéril isla de Margarita, que hasta de agua potable carecía, estaba arruinada y despoblada, y sus habitantes en esta época apenas alcanzaban á trece mil. La expedición destinada á subyugarla, se componía de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas, un falucho, cuatro flecheras y dos cañoneras, con tres mil hombres de desembarco de las mejores tropas españolas. Los margariteños sólo podían oponer á la invasión, 1,300 hombres mal armados, de los cuales doscientos eran de caballería y unos pocos artilleros. Brión que hasta entonces protegía la isla con su flotilla, habíase retirado de sus aguas con el intento de penetrar en el Ori-

noco, de manera que la marina de la isla se reducía á tres grandes flecheras y una balandra. Mandaba los insurrectos isleños en ausencia de Arismendi, el general Francisco Esteban Gómez, teniendo por jefe de estado mayor al coronel Joaquín Maneiro. Morillo efectuó su desembarco bajo fuego (17 de julio de 1817). El coronel Maneiro con 450 hombres, favorecido por el terreno, opuso una vigorosa resistencia, causando gran daño á la división de Canterac, quien aseguraba que con sólo presentarse sus tropas vencerían á los insurrectos. El pacificador dirigió una proclama á los margariteños, ofreciéndoles perdón si deponían las armas, y que de lo contrario « no quedarían cenizas ni aun la memoria de los » rebeldes empeñados en su exterminio » (julio 17). El general Gómez rechazó el perdón, y apercibido á la resistencia fortificó los puntos más ventajosos de la isla, formando en las alturas grandes montones de piedra á falta de municiones (1).

Porlamar, fué el primer punto atacado por todo el ejército expedicionario reunido en combinación con su escuadra. Los independientes imposibilitados de sostener el castillo, lo evacuaron combatiendo, después de clavar su artillería y ponerle fuego (22 de julio de 1817). En seguida se apoderó Morillo del castillo de Pampatar (24 de julio). Los insurrectos se concentraron en la Asunción. Los españoles ocuparon el cerro de Matasiete, que domina la ciudad y sus cercanías, y maniobraron en el sentido de interponerse entre ella y la Villa del Norte. En este punto se trabó la acción que ha hecho famoso el nombre de Matasiete en los fastos venezolanos (31 de julio). Los independientes no alcanzaban á 500 hombres, mientras que los españoles eran 2,000 infantes y 600 de caballería;

(1) Para mejor inteligencia de los sucesos que van á relatarse, véase la descripción que de la isla de Margarita hemos hecho en el capítulo XXXVIII, § III.

pero favorecidos por los bosques y lo escabroso del terreno que habían fortificado con reductos, fosos y parapetos, pelearon con obstinación por el espacio de más de siete horas, desde las 8 1/2 de la mañana hasta las cuatro de la tarde, quebrando al enemigo y causándole grandes pérdidas. Morillo durmió sobre el campo de batalla, pero al día siguiente vióse obligado á emprender su retirada á Pampatar (2).

Rechazado Morillo por el frente, propúsose atacar las posiciones enemigas por el norte, y se posesionó del pueblo de San Juan con el grueso de sus fuerzas, ocupando una garganta que interceptaba las comunicaciones entre la Asunción y el puerto de Juan Griego, donde los margariteños abrigaban su flotilla. Este punto estaba defendido tan sólo por 200 hombres, y fué tomado después de una heroica resistencia, volando en medio del combate el parque de los independientes por la explosión de una mina que tenían preparada para el último extremo (3) (8 de agosto). Los dispersos se refugiaron en una

(2) Morillo en sus « Memorias », pasa por alto esta campaña; pero en un ofi. que dirigió al ministro de la guerra dando cuenta de la acción de Matasiete dice: « El combate fué sangriento y tenaz. Los rebeldes » se batieron desesperadamente ». Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, pág. 349, dice: « Fué una acción de las más reñidas y sangrientas. Los enemigos parapetados, se defendieron con » obstinación, inutilizando los esfuerzos de nuestras tropas. El campo fué » siempre de los españoles, mas se compró demasadamente caro este » efímero honor: sufrieron muchas bajas, especialmente la división de » Canterac. Después de esta sangrienta jornada, fué preciso retroceder » á Pampatar, para curar los heridos, conducir las armas de éstos y de » los muertos, y proveerse de municiones ».

(3) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, pág. 350, que hace subir la fuerza de los independientes á 600, dice, refiriéndose á esta defensa: « Protegidos por el fuerte de Juan Griego hicieron una de- » defensa capaz de haberles asegurado un lugar en el templo de la fama » si la hubieran dedicado á un objeto más noble. Tres veces nuestros » valientes habían sido rechazados ». — Morillo, en ofi. dirigido al ministro de guerra español, al dar á los margariteños 500 hombres, en vez de los 600 que les asigna el historiador Torrente, hace al valor de los enemigos la misma justicia en términos más expresivos. « Presentó

laguna, y resistiendo rendirse, fueron todos pasados á cuchillo. El mismo Morillo presidió á la mantanza, atravesando diez y ocho hombres con su espada (4). Este sitio fué bautizado con el nombre de « Laguna de los mártires Margariteños », que conserva. — El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte que Juan Griego. El general Gómez, se reconcentró con sus restos á la Villa del Norte, sosteniéndose en la Asunción. Al fin hubieran sucumbido los Margariteños, pero las noticias alarmantes que recibió Morillo, del estado de la guerra en el continente, lo obligaron á desistir de su empresa, al cabo de un mes de campaña, y se retiró humillado, con mil hombres de pérdida y setecientos enfermos. La isla, que el general español había dicho en su proclama de que « no quedarán ni cenizas ni memoria de sus rebeldes », quedó triunfante, y el pabellón independiente quedó por siempre enarbolado en ella.

» el ataque de aquel fuerte (Juan Griego) el aspecto más espantoso. Los
 » rebeldes que le defendían, llenos de rabia y orgullo con su primera
 » ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se pre-
 » sentaban al fuego y á las bayonetas con una animosidad de que no
 » hay ejemplo en las mejores tropas del mundo. Llegaron al último
 » extremo de la desesperación y apuraron todos los medios de defensa.
 » No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras
 » de gran tamaño; y como eran hombres membrudos y agigantados,
 » se les veía arrojar una piedra enorme como si fuese una pequeña. »
 (4) Lo dice Torrente, *ofi. cit.*, t. II, pág. 351: « Los pasó á todos á
 » cuchillo, sin que nadie hiciera la menor señal de timidez ó cobardía,
 » ni implorado la clemencia del vencedor un solo individuo. El mismo
 » Morillo, ciego de furor, fué el primero en el ataque dado por la caba-
 » llería, y al impulso de su esforzado brazo rindieron 18 de ellos sus fe-
 » roces almas ».

II

Morillo, de regreso al continente con los restos de su expedición (20 de agosto de 1817), se dirigió á Caracas, después de afirmar su dominio militar en la península de Paria. Desde entonces inició un nuevo plan político. Publicó un indulto general y una amnistía; abolió el tribunal de secuestros y los consejos de guerra permanentes; restableció las leyes de la monarquía española suspendidas; entregó á la audiencia y á los tribunales civiles la administración de la justicia; y en sus formas al menos, desapareció el despotismo militar que él mismo había fundado. En seguida se contrajo á la guerra continental que había descuidado por su mal aconsejada expedición contra Margarita.

El aspecto de la guerra había cambiado con la ocupación de la Guayana, los progresos de Páez en los llanos altos, y la consolidación de la autoridad de Bolívar. El general republicano del Apure, había invadido la provincia de Barinas y ocupado su capital, derrotado en San Carlos una gruesa división que la defendía y fusilado los prisioneros europeos en retaliación, entregando á saco el pueblo. Los llanos estaban inundados y no era posible abrir campaña por esta parte. Bolívar, sólidamente establecido en la línea del Orinoco, había engrosado la división de Saraza con infantería, haciéndola avanzar hasta el linde de los llanos de Caracas, para apoyar el flanco derecho de Páez. Monagas ocupaba parte de la provincia de Barcelona. Bermúdez, situado con otra división en Maturín, dominaba el interior de la provincia de Cumaná. El Libertador protegido por la barrera del Orinoco, y cubierto todo su frente, organizaba un ejército de reserva á retaguardia. Las armas estaban balanceadas, pero las cabezas de los

generales que las dirigían oscilaban. Morillo, sin plan de campaña preconcebido, esperaba ser atacado sin atinar por dónde, aunque con la decisión de tomar la ofensiva, y lo mismo sucedía á Bolívar. Las operaciones de los beligerantes comentadas por sus propios documentos, pondrán en evidencia este equilibrio dinámico y esta incertidumbre moral.

El ejército realista que operaba en Venezuela, aparte de las fuerzas que ocupaban la Nueva Granada, é incluyendo las fuerzas conducidas por Canterac que siguió su marcha al Perú con algunos cuadros, constaba de nueve batallones y doce escuadrones con su correspondiente artillería, organizado en cuatro divisiones de maniobra. Una división de tres batallones y un escuadrón, guarnecía á Caracas y sus alrededores. El general La Torre con dos regimientos de infantería y dos escuadrones peninsulares, ocupaba la posición del Sombrero sobre el río Guarico, en defensa de los llanos bajos de Caracas. El general Juan Aldama con dos batallones y tres escuadrones, cubría la línea del Bajo Apure, sosteniendo á San Fernando por su derecha. Calzada con una división de caballería compuesta de un batallón y varios escuadrones organizados á la usanza del país, disputaba la provincia de Barinas no ocupada por Páez, á retaguardia de San Fernando. Ochocientos hombres defendían la península de Paria y las plazas de Cumaná y Barcelona. El resto de las fuerzas estaba distribuído en las fortalezas de la costa de Sotavento, desde Puerto Cabello hasta Coro y Maracaibo (3).

En el orden político, también el aspecto de las cosas había variado un tanto del lado de los republicanos. Bolívar, dueño del poder, sintió la necesidad de regularizar su autoridad y de agregarle las fuerzas morales de la opinión como lo había

(3) « Mémoires » de Morillo, págs. 111-113.

sentido antes en Caracas en medio de los triunfos de la reconquista. Era hasta entonces la única gran figura que llenaba la América. San Martín recién aparecía en el escenario. En vísperas del paso de los Andes por el vencedor de Chacabuco, el Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se dirigía á él como al representante de la revolución del norte, y á los venezolanos como á sus decididos sostenedores. « La América y el mundo, decía el Director al Libertador, saben ya que bajo su influjo, renace de sus propias ruinas, siempre ilustre y gloriosa, y que sus opresores uncidos al carro del triunfo de su libertador expían los crímenes con que han manchado el suelo colombiano ». Y dirigiéndose el Director argentino á los venezolanos, les decía : « Llegará el día, en que coronadas de laureles, vayan á unirse nuestras armas triunfantes, llevando desde los extremos del continente austral al centro oscuro donde mora, como en sus últimas trincheras, el despotismo agonizante, la paz, la fraternidad, la libertad, objetos de tantos anhelos y de tantos trabajos ». Bolívar contestaba : « V. E. hace á mi patria el honor de contemplarla como un monumento solitario, que recordará á la América el precio de la libertad. Venezuela, consagrada toda á la santa causa de la independencia, ha considerado sus sacrificios como triunfos. La sangre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones del hombre, y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en aras de la patria. No he sido más que un instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos. El pueblo argentino es la gloria del hemisferio de Colón y el baluarte de la independencia americana. Yo espero que el Río de la Plata con su poderoso influjo cooperará eficazmente á la perfección del edificio político á que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración ». Y dirigiéndose á su vez al pueblo argentino, le decía : « Vuestros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros la gloriosa

» carrera que desde 1810 ha hecho recobrar á la América la
 » existencia política. En todo hemos sido iguales. Sólo la
 » fatalidad anexa á Venezuela la ha hecho sucumbir. Ocho
 » años de combates, de sacrificios y de ruinas, han dado á
 » nuestra patria el derecho de igualarse á la vuestra, aunque
 » infinitamente más espléndida y dichosa. Habitantes del
 » Plata! La república de Venezuela, aunque cubierta de luto,
 » os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles
 » haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo,
 » entonces os convidará á una sociedad, para que nuestra
 » divisa sea UNIDAD en la América meridional » (6). Tenía que
 responder á esta espectacularidad y aceptar ante el mundo la
 responsabilidad que le correspondía revistiéndose de formas
 regulares.

Como acto preparatorio de la convocación de un congreso
 y como medio de suplir su ausencia, organizó, á la vez que
 una alta corte con la plenitud del poder judicial, un consejo
 de Estado con carácter consultivo y legislativo. Manifestó en
 el acto de su instalación (30 de octubre de 1817) que la dicta-
 dura había sido una necesidad de las circunstancias, como la
 única posible en tiempos calamitosos; que la república había
 existido sin leyes y sin tribunales, regida por el sólo arbitrio
 de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, ni más
 principio que la independencia; pero que el tercer período de
 Venezuela, presentaba un momento favorable para poner al
 abrigo de las tempestades el arca santa de la constitución, y

(6) Ofi. del Director del Río de la Plata, Pueyrredón, al jefe supremo
 de Venezuela, 19 de noviembre de 1817. — Proclama del mismo á los
 habitantes de Tierra Firme, de la misma fecha. — Contestación del Li-
 bertador Bolívar al oficio del Director Pueyrredón, de 12 de junio 1817.
 — Proclama de Bolívar á los habitantes del Río de la Plata, de la
 misma fecha. — (Véase: « Docs. relat. á la vida pública del Liberta-
 dor », t. II, pág. 204-213, y « Docs. para la Hist. del Libertador »,
 t. V, pág. 669.)

presentarse ante el mundo con un centro fijo de autoridad,
 que diera garantías á los extraños y confianza á la nación.
 « El gobierno que, en medio de tantos escollos no contaba an-
 » tes con ningún apoyo, se hallará en lo futuro protegido, no
 » sólo por una fuerza efectiva, sino sostenido por la primera
 » de todas las fuerzas: la opinión pública ».

La guerra y la política marchaban de frente en líneas
 paralelas por una y otra parte.

III

Hechos estos arreglos políticos y administrativos, Bolívar
 remontó el Orinoco, y tomó tierra sobre su margen izquierda
 á 156 kilómetros de Angostura. Era su plan, reunirse á la
 división de Saraza, situada en los lindes de los llanos altos
 de Caracas, y atacar á Morillo donde lo encontrase, si no con-
 seguía traerlo á su terreno. Movidó más por su inspiración
 que por el cálculo, soñaba con marchar en triunfo hasta Cara-
 cas, que era siempre su objetivo (7). « Las tropas de Saraza,
 » decía, pueden alcanzar á 2,500 hombres, y 1,500 que yo
 » llevo de tropas escogidas y disciplinadas, el suceso es infa-
 » lible contra Morillo, si logramos la fortuna de alcanzarlo.
 » Así, he determinado marchar en su busca yo mismo para
 » destruirlo. Todo nos promete una completa victoria. En el
 » caso de que los enemigos sean superiores en número, me

(7) El mismo Restrepo, que alaba la resolución, reconoce esto mismo:
 « El Libertador, arrastrado por su imaginación ardiente, por su genio
 » emprendedor, y por amor á la gloria, meditaba grandes proyectos.
 » Aun no conocía las dificultades que debía oponerle su formidable ad-
 » versario ». (« Hist. de la Revol. de Colombia », t. II, pág. 130.)